

LENGUA Y SOCIEDAD.

Malas lenguas

España es un país que habla demasiado, y algo esta muy podrido cuando esa locuacidad tanto pública como privada, tiene como principal objetivo denigrar, calumniar y escarnecer al prójimo. En contra de las loas que desde hace años se vienen haciendo del periodismo-sobre todo por parte de los periodistas-,a menudo pienso que es una profesión servil y subalterna y frustrante; los hay de muchas clases, pero una buena cantidad de ellos, analistas políticos y cronistas del corazón por ejemplo, dan la impresión de pasarse la vida a la triste espera de lo que hagan o digan quienes constituyen su materia prima, para glosarlo, interpretarlo, comentarlo, criticarlo, alabarlos tergiversarlo o envenenarlo. Principalmente las dos últimas cosas en estos tiempos.

Es difícil saber si la prensa contagia a la población o es a la inversa. Tanto da, a estas alturas. Lo cierto es que también las conversaciones privadas de nuestra sociedad están llenas de nombres y de mala sangre. El cúmulo de vilezas atribuidas que uno escucha a lo largo del año – sea por radio, televisión, en el bar de la esquina o en la oficina-es tal que se acaba teniendo la sensación de que no hay cosa buena ni persona aceptable en el mundo. Por suerte el exceso tiñe a menudo de inverosimilitud los despellejamientos, pero a la vez hay tantos que sería imposible desmentirlos todos o darlos por falsos y aquí viene lo peor o lo más grave: en virtud de esa maledicencia ambiente contra la que no se puede luchar más que con la incredulidad a ultranza, la mera sospecha se está convirtiendo en nuestra sociedad en el equivalente de una condena firme.

Lo cierto es que la prensa y la gente dicen lo que se les ocurre con mala intención o irresponsabilidad y ligereza, y las acusaciones prosperan. A lo largo de los últimos años me han llegado variadas y asombrosas noticias sobre mi mismo: sobre mi carácter, mis costumbres, mis ideas, mis amistades, mi sexualidad incluso. Menos mal que la propia contradicción de las noticias suele invalidarlas todas. Pero no todo el mundo-público o privado-tiene la misma suerte: a veces la falacia propalada es sólo una y se repite y reitera de boca en boca hasta hacerle la vida imposible a quien la padece. Es una de las maneras más crueles y eficaces de destruir a alguien, y este país parece dedicado hoy en pleno a destruirse en cuerpo y alma.

Selectividad julio 2005